

Antonio Bórquez Solar

Bizarrias de Antaño

II

AL llegar a este punto de las memorias que voy escribiendo me asalta un temor y me pregunto si ellas tendrán algún interés para los demás, si así no estaré demostrando una gran petulancia al creer que mi vida literaria puede ser digna de llamar la atención de las gentes. Quedo en suspenso unos minutos; pero continúo después de haber meditado y escuchado la voz interior que me aconseja seguir.— ¿Estás tú muy seguro—me ha dicho— que por modesta que haya sido tu actividad, no tendrá ella alguna importancia el día de mañana? El Destino quiso que llegaras en el punto y hora necesarios para ser en tu pequeña república lo que ninguno fuera antes que tú; que tú hiciste en la lírica nacional lo que ningún otro había hecho anteriormente. ¿Entonces no se han de saber las rudas batallas que peleaste, las invectivas que sufriste, ni tus amarguras, tus desalientos, tus energías por tu ideal artístico? Además piensa que todo ello ha de redundar en honra y prestigio de tus Islas, que si ya ilustraron al país con tantos talentos y contribuyeron a sus glorias guerreras, no le habían dado todavía un cantor de lira. Evita en cuanto sea posible otro pensamiento. No temas escandalizar a tus contemporáneos. Fija la vista más allá...

* * *

De vuelta Cabrera a Santiago me escribía con alguna frecuencia. Con mayor yo le instaba para que me enviase libros y revistas de los correos que recibía del extranjero. Y comenzaron a llegarme algunos del Salvador, *La Pluma* de Arturo Ambrogi, que me encantaba; tal cual número de *La Revue Bleu*. Yo no leía, devoraba en mi apartamento araucano; veía como a través de un esfumino mi camino de Damasco. Releí *Los Trabajadores del Mar*, y encontré un Hugo distinto del que había conocido en mi Isla, un sentido nuevo magnífico. Después vino Poe que me produjo un efecto que hoy mismo me es imposible analizarlo. Escribí entonces más de un cuento demoníaco y abracadabrante, ensayando, así como yo lo entendía, la prosa modernista, la palabra de noble prosapia y las nuevas elegancias. Mi verso, poco cuidado antes, traté de ductilizarlo y hacerlo suave y obediente. Mi gimnasia mental era cotidiana.

En esta búsqueda de mí mismo andaba cuando apareció *La Ley* en Santiago. Ciertamente, nunca pensé al leer los primeros números que tanta influencia hubiera de tener en mi vida este diario. Solicité de Palazuelos, inmediatamente, ser su corresponsal. A vuelta de correo tuve su beneplácito y una carta de Cabrera en la que me decía que también podía enviar colaboraciones literarias, prosa y verso. Vi mi campo abierto. Por fin podría yo salir de la oscuridad en que vivía y lanzarme a la conquista de nombre y fama, sin pararme un punto a considerar la magnitud de la empresa ni la debilidad de mi armadura, que las heridas que en esta conquista se reciben son las más dolorosas, que no hay nadie que compasivo las restañe y que nunca acaban de cicatrizar, ni aún con el trascurso del tiempo.

Es innegable la influencia que, desde el primer día de su aparición, ejerció *La Ley* en todos los departamentos de la actividad nacional. Esta hoja da en Chile el concepto moderno,

nuevo, del diarismo: variada, vibrante, con sus artículos de índole diversa, ágiles y ligeros aún en las materias más áridas. Por primera vez se adunan a la valentía de expresión, a la rotundidad de la frase, la ironía y la gracia, el buen humor y el fustazo. No sólo da cuenta de la vida de la Metrópoli, sí que también viene pletórica con la de provincias, a las que dedica atención preferente, por tal manera que puede decirse entonces que *La Ley* no es sólo portavoz del partido radical sino del país entero. Y por la atención que dispensó a la producción mental, por su protección eficaz a las letras y a las artes, ella fué indudablemente un factor importantísimo, si no el primero, en el renacimiento artístico y literario de Chile.

Pronto *La Ley* publicó poesías de González, de Dublé Urrutia y las que yo enviaba. Mis prosas literarias se alternaban con las de Tatín (Benjamín Vicuña Subercaseaux), A. de Géry (Emilio Rodríguez Mendoza), Oliverio Bertin (Angel C. Espejo) y Pedro O. Sánchez, médico. Cito sólo a aquellos que tenían para mi un mayor atractivo. Naturalmente el tema de mis versos era el amor, y al estilo provenzal, es decir a una mujer que no existía sino en mi ardorosa imaginación; pero también un amor viril, no de ese almibarado y empalagoso de los aguachirles de aquel tiempo. Mi verso ya se había hecho fácil y había adquirido cierta nobleza de expresión. Ved el principio de una titulada «Ella»:

Ella es la estrella de la noche oscura,
de esta noche sin fin de mis pesares.
¡Qué espléndida fulgura!
Ella me guía en los revueltos mares,
los que surca la barca de mi vida.

Qué me importa que ruja y que se encrespe,
que amenace atrevida
la ola gigantesca que serpea
con el penacho de la blanca espuma.

si de la entraña de las ondas verdes,
flotando entre la bruma,
radiante surge Venus Cíterea?...

* * *

A fines del 94 hago la suma de mi labor y puedo decir con íntimo regocijo: No he perdido el año. De mis prosas publicadas recuerdo la que lleva por epígrafe «Un Poeta», manifestación admirativa y cariñosa a Pedro Antonio González, la primera que él leyera en letras de imprenta, como él mismo decía después. Mi producción lírica ya tiene, desde entonces cada vez más, su sabor característico. Busco de preferencia los ritmos más armoniosos y las palabras más bellas o raras y relucientes como medallas nuevas. «Literatura Extranjera» de Gómez Carrillo me había dado noticias de los rumbos novísimos de los poetas de París de Francia. Así quedó decidida mi orientación: sería un *modernista* y haría en Chile lo que Darío y Lugones en la Argentina, y en el Perú Chocano, para no nombrar sino a los vecinos. A poco rato oí por primera vez la palabra de mofa y el ladrido feroz: ¡*Decadente!* ¡Cuántos años tendría que seguir oyéndola y siempre con creciente intensidad, con odio creciente!

En Enero de 1895 vi al famoso Novelli representar el «Otelo», en Concepción. Mi entusiasmo maravillado se tradujo en un dítirambo en «La Ley» Novelli lo agradeció telegráficamente.

Tuve por este tiempo un amigo en Los Angeles, joven apasionado de los versos, ánimo varonil y espíritu recto, estudiante que se complacía en buscarme en sus vacaciones para decirme cosas propicias a mi arte y para el advenimiento de la lírica nueva: Domingo Contreras Gómez, el único angelino que me deparara la suerte, devoto del Musageta y cuyos labios en un tiempo bebieron en la dulce Castalia. El me invitó a un paseo al fundo de unos sus primos, que estaba pasado el pequeño Rarínco. Estuve una semana deliciosa en amable compañía. La hora de mayor encanto para mí era la de la noche.. cuan-

do en un montículo de paja, en pleno campo, la primifa y las hermanitas de mi amigo daban, bajo el resplandor del cielo estrellado y de la luna azul de plata, las voces cristalinas y seductoras en canciones y romanzas de amor y de melancolía. En esta heredad campesina hice la que titulé «A mi Hada Lili»:

Hada rubia de bucles sedenos,
tú que duermes envuelta entre tules
en connubio feliz con los sueños
en los prados de flores azules.

Tú que escuchas el ritmo gigante
de las arpas del bosque sombrío,
vuela presto en el carro brillante
a calmar del poeta el hastío.

En el carro de ruedas de oro
que fustigan los genios con alas,
vuela rauda a esparcir el tesoro
de tu amor, tu hermosura y tus galas.

Delirante y enfermo te espera
con el himno sagrado en la boca,
porque siente que ruge la fiera
que a combate mortal le provoca.

Que recline sus pálidas sienes
en tus mórbidos pechos turgentes,
que vislumbre rosados edenos
al mirar tus pupilas fulgentes.

Que respire el perfume del nardo
en tus bucles rizados y rubios,
que mitigue sus penas el bardo,
que se embriague en los áureos efluvios.

Que en tus labios color de la guinda
la libélula errante del beso
melancólica y bella se rinda
esperando otro labio cerezo.

Y pulsando la lira sonora,
la de cuerdas de rayos de estrella,
canta el himno coral de la aurora
con las rimas triunfantes y bellas.

Y verás cómo al pálido bardo
al sentir en su labio otro labio,
al beber el perfume del nardo
presto olvida el recóndito agravio.

* * *

Como puede verse en mi «Campo Lírico» en el cual está incluida, tiene nueve estrofas todas fantasía e ingenuidad. Vió la luz por primera vez en «La Ley» y lleva al pie de la firma el nombre del lugar en que había sido hecha; «En el Mirador de Curanadú, Febrero de 1895». Una semana después de publicada, aparecía en el mismo diario, en el número del 4 de Marzo, una parodia burlesca que hizo las delicias del cretinismo enemigo, de la ciudad araucana y de los pehuenches santiaguinos. Tiene por título «A mi Hada Cocó.—A un poeta *decadente* con motivo de su Lili. La firma Ocvio Val. Palomar de Copequén, Marzo del 95.»

Apuré mi ruibarbo aquel día y me fortifiqué en mi orgulloso desdén y en el propósito de ser uno nuevo. Supe después el verdadero nombre de mi burlador. Hoy que cayó para siempre en la nada tengo para él un piadoso olvido. Las amarguras de un día, las acideces que nos dieron enemigos gratuitos, suelen cambiarse con el tiempo en mieles sabrosas. Pero cómo me acuerdo de la explosión. Recibí muchos anónimos, desde el hipócrita que me aconsejaba que no escribiera porque no

tenía yo un adarme de talento, hasta el desembozadamente perverso, lleno de insultos soeces que declaraban bien la leche de verdulera en que se había amamantado el infeliz. Era para mí del todo incomprensible, como todavía hoy lo es, que se levantara a mi paso tal montaña de ataques por decir en verso cosas inocentes, infantiles, como si hubiese perpetrado una iniquidad. Mucho me descorazoné en un principio en la soledad en que vivía. ¡Ah! con qué odiosa figura se me presenta aún la del grave señor provinciano que se pavonea porque ha hecho dinero destripando ferrones, iletrado e idiota, y se burla del arte y del ensueño entre una sonrisa y un regüeldo! ¡Y cuán inmisericordes son todas esas pequeñas sociedades rurales para los que demuestran alguna clase de superioridad mental! Hasta en una mujer odian la belleza y la calumnian.

En verdad, en verdad, os digo, que no son débiles los torcedores que a los veinte años se experimentan cuando, soñando con la gloria, se emprende el camino y a los primeros pasos se siente en carne viva la mordedura, la fría encía del áspid. El desconocimiento burlón de los que me rodeaban no me importaba tanto como el ataque de la metrópoli, en donde yo creía que una cultura superior traía aparejada, si no la benevolencia, la tolerancia para el intento inocuo. Lanzado el primer guijarro siguieron otros. Muchas largas y severas orejas se asomaron por entre las columnas de la prensa. Pero no me resigné a morir lapidado como San Esteban y me decidí a acallar a sustazo limpio la horrisona comparsa del rebuzno. Aproveché la oportunidad que me daba un artículo que con el título «Los DECADENTES americanos» publicó en «La Ley» un señor J. E. Moreno. En el mismo diario se dió a luz mi réplica *que puede ser considerada como el primer manifiesto que de las tendencias modernistas se viera en Chile*. Copio:

PROTESTA

Quieren que la idea vista siempre harapos; desdeñan la vestidura espléndida que la hermosea como una reina.

¡Eh! ¿Para qué la expresión rotunda, que tiene reflejos de iris, cabrilleante, que hierre como a chispazos, que tiene el ritmo de un pentagrama?

Y a los partidarios del arte nuevo les llaman *decadentes*, corruptores del idioma, revolucionarios y demagogos.

Los burgueses literarios siempre temen las revoluciones provechosas, aquellas que obligan a dar un paso adelante en el sendero del arte.

Han sido los enemigos de toda buena innovación.

Ellos fueron los adversarios de aquellos que quebrantaron la coyunda de reglas arbitrarias, de los que se levantaron contra el despótico reinado de las antiguas tradiciones artísticas; ellos fueron los enemigos de aquellos que señalaron nuevos derroteros e imprimieron nuevos rumbos a las literaturas, de los que dieron a luz obras portentosas que vivirán en el espacio y en el tiempo porque llevan el sello de lo grande. Ellos, los burgueses literarios, fueron los enemigos de aquellos que no siguieron las viejas reglas aristotélicas, gastadas por lo viejas, arbitrarias e ilógicas; de los que protestaron contra una estética convencional y se atrevieron a proclamar los derechos, burlados antes, si no desconocidos, de la gran naturaleza; de los que defendieron la imaginación genitora que fué ritmo en la lira de los grandes trovadores, que animó los mármoles de Carrara, que recogió los efluvios de luz y los dejó para siempre en los lienzos de los grandes pintores.

Los románticos que enriquecieron los idiomas con nuevas, elegantes y necesarias dicciones, que los hicieron flexibles y dúctiles, que formaron una brillante constelación en el cielo del arte, tuvieron que sufrir de la vieja burguesía el ataque duro e injustificado, al son de las fanfarrias de Aristarcos de voz cascada. ¡Y cómo no habían de alarmarse los buenos señores contra los que se apartaron de los caminos que siguieron los aristotélicos poetas de la centuria clásica, contra los que no acataron el areópago de Boileau, Corneille, Racine, Voltaire...!

Y ahora en las postrimerías de este siglo, también se ataca rudamente a los que proclaman la libertad en el arte.

¿Que no se sujetan a reglas?

La inspiración es libérrima, es soberana, no debe encadenarse. Las reglas son para la inspiración como la túnica de Neso; las reglas, plomo que oprime las alas tornasoles, que impide remontarse al eterno azul... Dejad que la inspiración vuele por los espacios inconmensurables, libre como el viento, y os traerá música y colores en apoteosis radiosa.

Dejadnos hacer a nosotros, dejadnos hacer en paz la túnica chispeante de pedrería, de reflejos y cambiantes irisados; dejadnos tejer en paz la túnica de brocado regio, de hilos de oro y argento, que también brilla y espejea por modo magnífico y... vosotros continuad, si queréis, tartamudeando como viejos valedurarios.

Y no creáis que amamos solamente la palabra, que somos idólatras de la forma. Hay cien testimonios que afirman con elocuencia abrumadora que amamos la idea grande, robusta, el fondo conceptuoso. Y en poesía no adoramos, por más que se diga, la que sólo se baña en la fuente Castalia. Nuestra poesía es eminentemente subjetiva, psicológica, satisface todas las aspiraciones, está en concordancia con los gustos y exigencias de esta centuria; sube hasta los zodiacos áureos o desciende a las oscuras regiones de la reflexión a alumbrarlas con torrentosos efluvios, siempre poderosa para cantar las delicias y bellezas supremas como las inquietudes y vacilaciones del alma, y siempre llena de majestad como una diosa.

No hay que temer el *eufismo*, ni los *conceffi*, ni el gongorismo. Vamos a la restauración del buen gusto, embelleciendo el idioma. Queremos que no se diga de él lo que en el siglo décimo sexto, el magnífico cantor de Lepanto: «Hemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es más corta y menesterosa que ella, siendo la más abundante y rica; porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido a extrema pobreza.»

Y no se diga que nuestra lengua no se presta y no admite ornamentaciones. Ella tiene languideces como suspiros; es toda armonía, es toda luz; tiene la majestad, la rotunda expresión

bíblica. «Es rica, sonora, suave y enérgica, vigorosa y fácil, libre en la colocación de las palabras, varía hasta en lo sumo en sus acentos y sonidos; a propósito para todo género de asuntos, desde el más tierno y delicado hasta el más elevado y sublime.» Así dice un distinguidísimo talento español, Martínez de la Rosa, si mal no recuerdo. Si hay otra que le aventaje en dulzura, si hay alguna más soberbia, los simbolistas tratan de enriquecerla con las cualidades que le faltan. Y si aquellas preciosas cualidades cuenta ¿no es un crimen el que no se aprovechen? Si la mina es grande y rica, llena hasta el borde, ¿por qué no explotarla? Si algo le falta ¿por qué no dárselo? Y por cierto que todo ello no será inútil. No serán cosas del Bajo Imperio, aliteraciones bizantinas.

Hiere con más fuerza, deja más honda y duradera impresión la idea que lleva la vestidura de gala de las elegantes palabras, exóticas si son necesarias; así cautiva mejor, deleita mejor. Ni más ni menos que como la mujer bella que cubre sus encantos, dejándolos adivinar, dándoles el incentivo de lo velado a medias, con blondas y encajes flamencos, con filigranas delicadísimas.

El ideal en el arte debe ser idea bella dada a conocer con palabras bellas. Y ese es ideal de los simbolistas, decadentes, modernistas, como queráis llamarlos. Las flores, bellas condensadoras de la luz del espectro solar, siempre se ven mejor en el búcaro de viejo Sevres o en el jarrón de porcelana de la China cubierto con japonerías admirables y deliciosas. Se le encuentra no sé qué sabor a néctar de los dioses al Rin pálido que se bebe aprisionado en el finísimo cristal florentino.

Lo que necesitan las gentes de este siglo es que el arte se transforme, quieren nuevas formas. El manjar de la sencillez clásica tiene olor a descomposición. Lo clásico tiene la voz temblona, es ya un viejo chocho.

El arte modernista es el arte del progreso, el verdadero arte del porvenir; es hijo de la evolución intelectual, resultante necesaria de las evoluciones precedentes; obedece a leyes históricas; lleva el gorro frigio porque es innovador, revolucionario si queréis; echará abajo todas las Bastillas, abolirá todos los privi-

legios, destronará las monarquías caducas y tendrá su Mirabeau y sus girondinos. Después todos harán la justicia, muchos le erigirán altares y quemarán en ellos, no la resina de los bosques, sino los ricos perfumes orientales en incensarios de oro macizo.

No hay que lanzar el anatema contra los que marchan en busca del ideal, entusiastas y fervorosos; no hay que condenar a los modernistas americanos, a esa nueva constelación que comienza a fulgurar en las regiones del arte, a los nacientes ingenios que ya han dado, algunos de ellos, frutos deliciosos; que acaso, y sin acaso, están destinados a formar época gloriosa y memorable en los anales de la literatura universal.

En cuanto a los modernistas chilenos, no harán sino propender, como los otros, a la formación de una literatura, si no nacional, americana. Hay bases sobre que levantarla, por más que algunos crean lo contrario. Si nuestra civilización y costumbres son las mismas civilización y costumbres europeas, tenemos tradiciones y leyendas distintas, tenemos otro temperamento, otro medio; tenemos antiquísimas tradiciones poéticas que darían tema a los ungidos del Señor, velas riquísimas que se ofrecen gratuitas a los ojos de todos los artistas, de todos los videntes. Y cuando se aprovechen tantas riquezas la deseada literatura se habrá formado. ¿Por qué hay que desesperar? Siempre no se ha de vivir encerrado en los viejos moldes. No hay que hacer continuaciones sino cosas nuevas.

Entretanto, los modernistas que son los precursores en América de la literatura del porvenir, seguirán en la obra, decididos y empeñosos, porque obran por convencimiento, sin vacilaciones ni timideces pueriles; acallarán todas las críticas y merecerán bien del arte, aunque protesten los burgueses.

Por lo demás, el señor Moreno *puede quedarse con el sombrero puesto.*

Hasta aquí lo impreso; pero hay que añadir lo que está escrito de mi letra, a continuación, en mi libro de recortes: «El original fué con mi firma a «La Ley» (se había publicado el artículo sin ella). Y añadía algo infantil: Es muy probable que

hayan tenido miedo a las consecuencias de mi audacia». Pocos días después agregué la siguiente anotación: «Este artículo fué contestado por J. E. Moreno muy respetuosamente. Aquello fué una explicación que me satisfizo plenamente. Puede verse en el número de 21 de Abril de 1895 de «La Ley».

* * *

Seguí en una labor intensa, con muy raros intervalos de descanso. Mi producción literaria de este tiempo aparece en «La Ley», «La Revista Cómica», de Santiago y «El Progresista» de Los Angeles. En este periódico bisemanal me ejercité no sólo en el artículo sesudo de política doctrinaria, sino también en la prosa ágil, coloreada y pintoresca. La mayor parte de las poesías de mi «Campo Lírico» se publicaron en este año. Una de ellas, «Primaveras», fué criticada en «La Revista Cómica» por Antón Perulero, Efraín Vásquez Guarda, quien decía al principiar: «También en Chile hay *colibríes decadentes*; y si no que lo diga don Antonio Borquez Solar, en Los Angeles, que no me dejará mentir.» Otro señor me dedicó unos versos, «crisantemo», malitos, pero con buena intención. Y Al *poeta decadente*, etc., se leía en el epígrafe. Ya era, pues, conocido, y yo el único, como el poeta decadente, es decir innovador, reformador, si queréis revolucionario. La labor que yo había iniciado en Chile era la misma, ciertamente, que en otros países hispano-parlantes se verificaba. La influencia de Ruben Darío es innegable; pero no fué jamás imitación servil ni fué nunca poderosa a empalidecer ni personalidad artística que con relieve propio y bien acentuado se destacaba.

Al mismo tiempo que esta personalidad se alzaba, se la hacía blanco de los venablos que parlían de los cuatro puntos cardinales. En una sección que titulaba «De la Escarcela» en «El Progresista» y que yo firmaba «Príncipe Azur», llegué a decir justamente airado, en el periódico angelino:

«Decid a esos minúsculos sátrapas, a esos pobretines literarios, que han de tener que reconocer mis escasos méritos,

mal que les pese. ¡Eh! ¿Qué importa? Bregaré hasta el fin. Solo, solo escalaré la ingente montaña, sin ayuda de nadie. Y entonces cuando triunfe, a nadie deberé un ardite, cuando esté en la cumbre... ¡Qué me importan los escarpes y picachos!

¿Por qué no admitir ese arte nuevo que ensancha los horizontes y que brilla como cien nebulosas de soles refulgentes en la inmensidad del Cosmos infinito?

Y si creéis que es malo, dejadlo al tiempo. Este dirá. Si es obra antinatural, sólo ha de morir; si no lo es, nada conseguiréis por más que lo pongáis mil veces en innumerables lechos de Procasto...»

Esto escribía en 3 de Agosto de 1895. Los minúsculos sátrapas estaban en *La Ley*, que no publicaba mis trabajos tan seguidamente como yo quería. De uno de ellos recibí una carta en la que me refería que en la tertulia de la gente grave del diario, alguno había dicho que mis versos eran señal manifiesta de desequilibrio mental, de una lesión orgánica en la masa del encéfalo. (Ese pobrecito murió después en un asilo de locos.) Y si esto pasaba, puedo decir en mi propia casa, imagináos las vociferaciones de la calle pública. Por todo esto puedo agregar con justísima razón que el caso mío ha sido único en esta tierra: ninguno antes que yo, prosista o poeta, fué tan acerbamente combatido. Y ello era sólo en los comienzos, ¡Qué mucho, pues, que ante la saña que promovía el modernismo que yo iniciaba, no hubiese ningún otro que resueltamente me acompañase! Hay que dejar constancia de ésto y con toda la documentación de la época, de diarios y revistas, tanto más cuanto pueda andar por ahí un audaz que intente pavonearse con mis plumas. Por fortuna no me he muerto todavía y mientras viva he de dejar bien deslindada y defendida de malsines la parcela lírica que me tocó cultivar.

Por suerte también aparecía en *La Ley*, en esos precisos momentos de mis insurrecciones, un largo artículo que tenía por epígrafe «Block Notes Del Simbolismo», firmado por John Elder, y en el cual se estampaban estas frases:

«*Principe Azur* sustenta cual férreo vigía la estrella del sim-

bolismo, marcando el rumbo a los inexpertos y a los timoratos. Su «Canción del Bronce» tiene rasgos de mayor sublimidad que la «Canción del Oro» de Rubén Darío. Semejante a Des Esseintes, el personaje de «A rebours», experimenta *Príncipe Azur* «el cansancio de lo natural». Su filosofía literaria se parece mucho a la de Huysmans en sus concepciones mitad místicas, mitad diabólicas; y en la estructura de sus frases suele ser más atrevido que Stephane Mallarmé, a quien parece seguir.

«Para *Príncipe Azur* tienen forma los perfumes, los sonidos, color, las flores, alma, el césped, sueños, el musgo sus tristezas, la naturaleza entera, sentidos y pasiones. Todo lo material habla, y sonríe, y bulle, y llora, y goza y sueña; lo inmaterial es representado con grandes imágenes. Mide con una gama absoluta las notas del pentagrama y los colores del espectro solar. Adora al profeta Isaías con la misma ingenua admiración que a Mahoma. Cree como Mirabeau que el único lazo de unión de la humanidad es la benevolencia, son las buenas obras, es el amor.....» Hay todavía más, mucho más, en elogio del poeta; pero ello todo puede reducirse a esta afirmación neta: *Príncipe Azur es el único simbolista que hay en Chile.*

Confieso que esta sola página me indemnizó con creces en las tribulaciones de mi batalla. ¡Ni qué bálsamo maravilloso, ni qué nepente igual en dulzuras! John Elder, ¿quién eras tú? Gracias te sean dadas por siempre. Descartando los lirismos y exageraciones en mi favor, lo que escribiste es hoy para mí un documento carísimo.

Aparte de estos achaques literarios, era una vida tranquila y hasta deleitosa la que yo hacía, en tertulias, bailes y paseos. Ya he dicho que las angelinas son bonitas y añadiré ahora que también son hospitalarias y muy sociables. Son muy aficionadas a la música, a la lectura y al baile. Jamás olvidaré yo aquellas noches de invierno que pasé en animada charla o danzando incansable, ni menos aquellas cenas opíparas en las que, quieras que no quieras, había yo de brindar y en la que me aplaudían tan sin merecerlo, ¡Qué he de olvidar tampoco aquellos paseos a caballo! Las señoras solían ir en coche o

en carreta a las quintas cercanas, en tales ocasiones. La guitarra no podía faltar. De estas excursiones campesinas volvíamos ya casi obscurecido, rebosando alegría, cantando, acompañando la dulce voz femenina. ¡Y qué bellas canciones populares! Los de a caballo al lado de las Amazonas. Y que realmente lo son las Angelinas, pues cabalgan con firme destreza y gracia singulares. Entonces mi corazón cerrado como un pebetero, encendido de perfumes se abrió al amor... Pero esto es flor, flor de harina de otras hostias.

Es del mismo modo digno de perenne recordación mi primer viaje a la cordillera argentina, a los Copahues, baños termales. Fatigoso fué para mi el viaje; pero pintoresco en grado superlativo. De ida pasamos a un asado en Las Canteras, el fundo en el que trascurió la infancia de O'Higgins. En el pueblito de Antuco, en las faldas del volcán, en la casa de la familia Bernalés nos detuvimos cuatro días. ¡Tanta fué la amabilidad de los dueños de casa! Con pena salimos después para Peluca, villorrio casi al pie del volcán. Vimos, a mucho andar al oriente, más allá de las lavas y escoriales, la grande, la enorme laguna del Laja. Recuerdo que hemos andado a lo largo de ella tres horas, al galope del caballo, antes de darle fin. Tendrá, pues, aproximadamente, nueve leguas de largo. El agua de la gran laguna es de azul intenso en una parte, y en otra es de un claro verde esmeralda. Del lado argentino, en el momento de descender del Copulhue, en la línea divisoria, dimos un ¡viva Chile! bien *arrojado* y paramos los relojes a la hora de la pasada: eran las diez y media de la mañana. Y se me estaba olvidando decir que mi compañero y guía era Domingo Contreras Gómez, del cual ya he dicho que conocía esta ruta cordillerana palmo a palmo. Antes de bajar a la laguna del Drolope encontramos un gran monolito, casi redondo y de un metro y medio de altura, y cumplimos el rito tradicional: le dimos una vuelta andando lentamente, para que nos fuera propicia la suerte. Pasamos a la vera de una gran mancha de pinos araucarias, muy altos, en cuyo follaje el viento

cordillerano cantaba su himno montaraz. Subimos unos repechos rocosos por los que bajaban en culebrinas los chorros cristalinos que al saltar por entre los pedernales se empenachaban de blanco. Y de ascensión en ascensión planeada, llegamos a las termas. Tres o cuatro tiendas de campaña, de lona blanca, en una pequeña esplanada, en la falda del volcán Copahue, servían a unos veinte bañistas, entre ellos algunas señoras, niñas y dos médicos que han sido diputados. Todos nos dieron alegremente la bienvenida. Eran las cinco de la tarde de un día de Febrero. El sol se ponía tras la alta cumbre del Copahue y la nieve parecía chispear en haces luminosos, en abanicos de oro, púrpura y fuego.

Estábamos como encajonados entre altas serranías; sólo por el oriente se abría el horizonte dilatado y azul. A poco comenzó a soplar, muy suavemente, el *puelche* helado y en la lejanía gris y que se brillantaba a lampos, apareció la luna, majestuosa, espléndida, suspendiéndonos de admiración y encanto. El espectáculo era novísimo para mí, por lo tanto mi impresión fué terrible de hermosura, en esas serranías, en esas alturas tan cercanas a los astros. Sentí mi pequeñez terrena y mi grandeza espiritual; un sentimiento inaudito, religioso y profundo se abrió como una flor en el jardín de mi alma, y mis sentidos se hicieron más sutiles y mis pensamientos más diáfanos para comunicarme con todo lo que me rodeaba. A mi espalda, a menos de veinte metros, la nieve, desde la falda hasta el cráter, arrebujaba al volcán que dormía; de la derecha me llegaba la crepitación sorda, continua de los cien respiraderos de los vapores subterráneos; era un crepitar de calderas a vapor, de una oculta y poderosa maquinaria en un persistente e incansable trabajo invisible; y a mi frente, no más de diez metros, una pequeña laguna verde de aguas sulfurosas, y de la cual salía una débil respiración, aparecía como una gigantesca esmeralda brillante. La luna parecía palpitar y responder a esta palpitación del corazón volcánico, a este latir de mi corazón ansioso. La soledad estaba llena del espíritu del mundo, y en el viento rumoroso y fugaz había una plenitud de armonía tal, que era po-

sible sentir, en uno como adormecimiento de los sentidos, la voz misteriosa de lo invisible y entender plenamente su lengua maravillosa, que descendía de la altura para decir:—¡Estás cerca de mí!... Estás cerca del espíritu de Dios.—Entonces experimenté como unas dulces congojas y tuve unos vehementes deseos de besar la tierra, la luna, la piedra, el viento que aleteaba en mi redor...

Como ésta tuve muchas parecidas impresiones y comunicaciones de la belleza, en un estado de perfecta beatitud. Escribí entonces algunas páginas que hoy recorro con la vista, y cada palabra me evoca con una viveza deslumbradora aquellos paisajes espirituales. En algunas hojas de mi memorandum hay algunas tildes negras, ya tan temprano, hechas con tintas de amargura. Oid, si os place:

«Yo he trepado hasta el cráter altísimo y he mirado en el fondo del cono volcánico por ver las corrientes del fuego y no he temblado. Y ahí de pie, en la cúspide, teniendo a mis plantas la extensión de dos repúblicas, me he soñado el dominador, del orto al ocaso, y en medio de tan dilatado imperio, he querido más. he sentido nuevos anhelos. indefinibles aspiraciones a lo infinito; como el Manfredo byroniano he sentido el frío de la desesperación en el alma, la nostalgia de algo que no conozco.

He subido por las faldas agrestes, por las rocas de coloración ígnea, hasta donde el cóndor de negro plumaje afila las garras con el lustroso y corvo pico, donde Vulcano forja el rayo violáceo para el padre Zeus, hasta allá donde nacen los torrentes y cataratas que al descender de risco en risco ríen. He salvado abismos y precipicios, turbando la tranquilidad lúgubre de las cimas solitarias con el golpe seco del ferrado casco de mi corcel Osor, y entonces he sentido locos deseos, zumbidos formidables en mi cerebro, la tentación infernal, el vértigo, he oído la voz del monstruo; he visto la señal que hacía llamándome la mano de la Esfinge, y he arrancado a calmar el delirio bañándome en las caídas de aguas o reclinándome en lechos de nieve, cubriéndome con ella como con una túnica, y entonces

he pensado en una corona de azahar y en una vestidura blanca, sudario de una virgen que tiene los ojos vidriados y no siente el perfume que se quema en pebeteros fúnebres...

Y he conjurado con una estrofa robusta y enérgica a los elementos y sólo la ninfa Eco ha hecho befa de mis yambos y anapestos. Y al verme miserable, pobre y pequeña criatura, no he maldecido del buen Dios, ...